

Este hecho prueba, como lo hemos indicado ya, que los perseguidores acabaron por conocer al ménos ciertas entradas de las Catacumbas.

1° DE FEBRERO.

Catacumbas de la Vía "Salaria Nuova."—Catacumbas de Novella,—de Ostriano.—Historia.—Nuevo golpe de vista sobre el arte cristiano.—Confirmación de las verdades de la fe.—Catacumbas de Santa Hilaria y de San Thrason.—Historia.

Mientras Roma cumplía con una vigilia santa, el voto solemne renovado para siempre en 1803, la Universidad celebraba un servicio con oración fúnebre por el Papa Leon X, que fundó este hermoso establecimiento en 1513. ¡Honor à los pueblos agradecidos! Esta virtud de las almas nobles se manifestó para nosotros en la bella iglesia de Santa Susana, cerca de la cual pasamos al dirigirnos à la Vía Salaria. Susana, ilustre vírgen romana, martirizada bajo Diocleciano y sepultada por la emperatriz Serena, es una de las glorias de las grandes Catacumbas de Santa Priscila. 1 Los cementerios de "Novella" y de "Ostriano" debían desde luego ocuparnos.

El primero, fundado según toda apariencia por alguna matrona cuyo nombre conserva, es célebre por el retiro del Papa San Liberio. Desterrado de Roma por el emperador Constancio este valeroso Pontífice, convocó la víspera de Pascua à todos los católicos de la ciudad à su catedral subterránea. El pueblo se trasladó allí en multitud; las sombrías galerías brillaron con mil antorchas y el Papa fugitivo desde su cátedra de mármol, y teniendo à sus lados à Dámaso su vicario y su futuro sucesor y al sacerdote Dionisio,

1 Bosio, lib. IV, c. XXIX, p. 98; Bar., "an." t. II, "an." 294, n. 1, "an." 295, n. 6.

dirigió à la asamblea uno de esos discursos que hacen correr ríos de lágrimas.

Este discurso despues de quince siglos, colocado en boca del Papa reinante, sería también la fiel pintura de los males de la Iglesia; tan cierto así es, que la lucha del error contra la verdad, del poder temporal contra la libertad de la Iglesia, puede cambiar de forma y de táctica, pero permanece eternamente la misma en su esencia. 1 Despues del discurso, el sacerdote Dionisio rogó al Pontífice bendijese el santo crisma, y se administró el bautismo solemne. ¡Qué espectáculo presentaron entónces las Catacumbas de Santa Priscila!

Galerías de mediana longitud unen el cementerio de Novella al de Ostriano. Este nuevo cuartel de las Catacumbas de Santa Priscila, debe su nombre según Onufro, Bosio y Boldetti, à algun miembro de la noble familia Ostriana de que habla Tácito. Los mismos autores nos enseñan que San Pedro administró allí el bautismo. 2

Desde que recorremos la Roma subterránea, hemos mostrado que las Catacumbas son un gran libro cuya elocuencia iguala à su autenticidad, y hemos volteado unas despues de otras sus diferentes páginas. El tiempo ha venido à interrogar los sepulcros innumerables que nos rodean,

1 *Dies tribulationis et angustiae, fratres carissimi, inceserunt in quibus navis Petri, ventis insurgentibus perturbata tanquam Christo dormiente, naufragium pertimescit. Nam et piratae undique imminent, et interdicitur nobis gubernandi facultas, etc.*

"Comenzaron, hermanos míos, los días de tribulación y de angustia en los cuales la nave de Pedro, perturbada por los vientos que surgen, amenaza naufragio como si Cristo durmiese. Pues mientras los piratas nos amenazan por todas partes, à nosotros nos está prohibida la facultad de gobernar." "Véase este discurso en Bosio, lib. IV, c. XXX, p. 101.

2 Bosio, lib. IV, c. XXXI; Boldetti, lib. II, 571. El P. Marchi parece tener algunas dudas sobre la asercion de sus ilustres antepasados, p. 79.

y à preguntarles cuáles son sus habitantes. Así, ántes de enunciar esta magnífica pregunta, no es inútil echar un golpe de vista retrospectivo sobre el arte cuyas obras hemos estudiado, y resumir las enseñanzas que él nos da.

El grande hecho que domina à todos los siglos, no solo porque comienza con el mundo para ir à perderse sin acabar à las profundidades de la eternidad, sino también porque atrae à sí y arrastra en su órbita à todos los astros del firmamento, al cristianismo sin el cual el hombre y el mundo son igualmente inexplicables, se pone con justicia como la última palabra de todas las cosas. Jesucristo, heredero del Universo, su divino autor, era ayer y es hoy y será por los siglos de los siglos. 1 Su gran figura resplandece sobre todas las épocas de la historia; y la caridad que es la esencia de su corazón, se manifiesta en todas sus obras. La Iglesia católica encargada de dar à conocer este tipo inmutable à las generaciones que pasan por la tierra, tuvo siempre una doble enseñanza: la enseñanza "oral" y la enseñanza "figurada."

Al comunicar la celeste doctrina de que es órgano, no cesa de repetir con San Pablo que todo el Antiguo Testamento es la figura del Nuevo; que el pueblo judío es la preparación para el pueblo cristiano, que encuentra en los anales mosaicos la historia anticipada de lo que debe sucederle: que todo se hacia por Jesucristo, que todo lo anunciaba, lo figuraba, lo preparaba, de suerte que él es el alma, la realidad, el objeto de la antigua ley como de la nueva; que es la piedra angular que une las dos partes del gran edificio y forma con ellas el eterno monumento cuya base descansa por una parte en el Sinaí, por otra, en el Calvario, y cuyo coronamiento se levanta hasta el cielo. Desde San Pa-

1 *Quem constituit heredem universorum, per quem fecit et saecula.* "Hebr." c. I, 1.

blo hasta San Agustin, desde San Agustin hasta San León, y desde San León hasta Bossuet, todos los intérpretes de los consejos divinos nos muestran esta grande unidad cristiana cuyo desarrollo comenzado en el paraíso de la tierra, irá à consumarse en el paraíso del cielo.

Como Newton que ha visto el sol arrastrando todo el sistema planetario en su movimiento; como el simple mortal que ve à todos los ríos corriendo hácia el Océano del cual son tributarios, así la Iglesia ha visto lo que establece por otra parte la historia universal, à todos los acontecimientos, dando vueltas alrededor de la redención humana por Jesucristo, tendiendo todos à prepararla, à propagarla y à mantenerla; ella ha visto lo que demuestra la ciencia, todas las creaciones inferiores que descienden de Dios, subir à Dios por el intermediario de Jesucristo que es al mismo tiempo el Creador, el Pontífice y el fin; ella ha visto lo que anunciaban los Profetas, y lo que demuestran todos los monumentos antiguos y modernos, à los enemigos de aquel Dios venido para reconquistar el mundo, vencidos, humillados y sirviendo de escabel à los piés del vencedor. Ella ha visto al inmortal Vencedor llevando consigo en los esplendores de la eternidad à la humanidad rescatada por su sangre, resucitada en la gloria y por recompensa de sus pruebas pasajeras, gozando en el cielo de una dicha purísima y sin fin. Tal es la gran epopeya cuya larga peripecia y cuyo sublime desenlace ha visto la Iglesia.

Ahora, lo que ella ha visto, lo dice, lo repite en todos tonos al niño que viene à este mundo, al adolescente que lo atraviesa, al anciano que sale de él. Lo dice à los pueblos civilizados de la Europa y à las jóvenes cristiandades de la Oceanía, como lo decía hace diez y ocho siglos à los

neófitos de las Catacumbas. Ella lo dice no solo por la pluma de sus doctores, por la boca de sus predicadores y por el órgano de la madre en el hogar doméstico, sino también por el lenguaje, sucesivamente sencillo y sublime, de sus oraciones y de sus ceremonias. Así Jesucristo, el alfa y el omega de todas las cosas, el centro de todo, el dominador de todo, el principio y el fin de todo, tal es la enseñanza oral que la Iglesia da á la humanidad entera sin variar ni acabar nunca.

Ella dice la misma cosa en su enseñanza *figurada*. La Iglesia naciente, pobre y fugitiva, no podía, según el deseo de su corazón, reunir, instruir, educar á sus hijos con largas y frecuentes instrucciones. El arte vino al socorro de la palabra. Inspirado por el mismo principio, fijó en las bóvedas de las capillas subterráneas, en los compartimientos de los sarcófagos, en el contorno de las lámparas ó en las paredes de las jarras, todas las grandes verdades que debían ser la luz y el consuelo de los neófitos perseguidos; tal es la llave del arte en las Catacumbas. Jesucristo dominando el mundo y los siglos, prometido, figurado, predicho, preparado, perseguido, triunfante, asociando á sus discípulos en la resurrección gloriosa y en su victoria eterna, después de haberlos asociado á sus pruebas. El Antiguo y el Nuevo Testamento, siempre puestos el uno enfrente del otro, como la figura al lado de la realidad, la sombra al lado de la luz, la aurora al lado del sol, el río cerca del Océano, en el cual viene á descargar el tributo de sus aguas; María, los Apóstoles, algunos mártires felices discípulos del Hombre-Dios y gloriosas primicias de su victoria; tal es, como lo hemos visto en la parte histórica, el asunto invariable de todas las pinturas y de todas las esculturas primitivas; tal es la primera enseñanza del arte cristiano.

Jesucristo, rey de los siglos y de los acontecimientos, lo es también de las criaturas. Estas, degradadas por el pecado, extraviadas de su fin por los hombres y demasiado largo tiempo convertidas en instrumentos de iniquidad y de idolatría, es necesario que sean regeneradas á su vez y traídas á su verdadero destino. El divino restaurador de todo lo que está en el cielo y en la tierra no las ha olvidado. En la parte decorativa de sus monumentos el arte les ha hecho rendir al verdadero Dios el tributo de alabanzas y de adoración que ellas prostituyeron durante tantos siglos á las pasiones deificadas. En los modestos ensayos de las Catacumbas, los tres reinos de la naturaleza; los animales de la tierra, del aire y del mar, los árboles, las plantas, las flores, las estaciones, los metales más ricos y los más sencillos cantan á su modo la gloria del Dios Redentor y repiten bajo el velo trasparente del misterio, las cualidades adorables del Maestro que ellas dan á los discípulos como los modelos obligados de su conducta. Tal es la segunda enseñanza del arte primitivo.

Todas las cosas, hasta los demonios, antiguos enemigos de Dios y del hombre, tiranos cuarenta veces seculares de la creación, deben adornar el carro del vencedor. El arte primitivo cuya mano temblorosa escribía en lo más fuerte del combate, preludia por tímidos bosquejos los magníficos cuadros de la Edad Média en que el cincel del escultor representará, en todas las partes de nuestras inmensas catedrales, á los demonios vencidos y demostrando con su actitud humillada, sus caras rabiosas, el triunfo eterno del vencedor. Así es como el arte primitivo expresa esta verdad fundamental y así es como recompensa por sus sufrimientos y sus trabajos al Divino Autor del cristianismo, y con esto ha recibido un nombre sobre todos los

nombres y delante del cual se dobla toda rodilla en el cielo, en la tierra y en los infiernos.

Del mismo modo que la enseñanza oral atraviesa todos los siglos, así la enseñanza figurada marcha en una línea paralela, y desde las Catacumbas se extiende pasando por la Edad Média, hasta San Pedro de Roma y hasta San Juan de Letran. Sucesivamente al servicio del génio sombrío y poderoso de los pueblos del Norte, traduce el pensamiento católico con una energía, con una rudeza que refleja las costumbres de los hijos de Odin y de los vencedores de Varus; ó bien inspirándose en las bellezas de la Grecia y de la Italia, esmalta con sus mosaicos, con sus frescos, con sus mil obras tan graciosas unas como otras, las iglesias de Asis, de Padua, de Roma, y de Ravena. Pero si la forma es diferente, el pensamiento es en todas partes el mismo. Así el arte cristiano, que semejante al diamante de pequeñas caras brilla con mil reflejos gloriosos, ha nacido con la Iglesia. Las Catacumbas fueron su cuna. Allí es donde es necesario estudiarlo para comprenderlo en su espíritu, en su misión y en los asuntos que él admite y que rechaza.

Considerarlo solamente desde la época del Renacimiento hasta nosotros es correr el doble riesgo de hacerlo responsable de una multitud de anomalías repugnantes y de contrasentidos ridículos de que es perfectamente inocente, y condenarle en su gran manifestación de la Edad Média, cuyo simbolismo han ignorado los admiradores del Renacimiento, y que se puede decir hoy que han ridiculizado la forma.

Por otra parte, no remontarse más allá de la Edad Média, es estudiar un libro al que falta la primera página; es cortar un magnífico conjunto y tomar el efecto por la causa, el desarrollo por el principio y la virilidad por la infancia. El arte en la

Edad Média, es hijo del arte en las Catacumbas. Aquel, heredero de su padre, ha marchado fielmente resiguiendo sus huellas y ha conservado su espíritu, aumentando su sucesión. Como su padre, se le ve reproduciendo constantemente por un lado el Antiguo Testamento, por otro el Nuevo, para fundirlos en una misma unidad, repitiendo así estas divinas palabras supremas: «Jesucristo era ayer, es hoy y será por los siglos de los siglos;» después, mostrando en las partes esenciales y decorativas de sus monumentos todas las criaturas del cielo, de la tierra y de los infiernos, entrando, ó como medios ó como obstáculos en la gran epopeya de que es héroe el Hijo de Dios.

Lo digo con pesar, pero parece que el Renacimiento y las escuelas de que es madre han olvidado singularmente aquella idea fundamental del arte cristiano. Desde el día en que subió al trono ha sucedido que las figuras del Antiguo Testamento puestas enfrente de las realidades del Evangelio, se han hecho más y más raras en los monumentos sagrados; esta es una triple desgracia. Desgracia, porque es romper la armonía que debe existir siempre entre la enseñanza oral de la religión y la enseñanza figurada. La Biblia que el niño lee en las rodillas de su madre y que le conduce á las verdades del Evangelio, debe leerla y con él todos los fieles en los muros del templo. Desgracia, porque es truncar la majestuosa perpetuidad del cristianismo; es presentarlo como un hecho aislado sin preparación en el pasado, sucediendo á una religión verdadera, esperando él mismo un sucesor, como lo pretenden ciertos espíritus en nuestros días, llevados tal vez á esta consecuencia deplorable por la viciosa enseñanza cuyo peligro señalamos. Este temor nos parece tanto más fundado cuanto que la in-

fluencia moderna, el catequismo ó por consiguiente la Teología de las tres cuartas partes de los hombres no presenta ya el cristianismo comenzando con el mundo, saliendo del Paraíso terrestre y descansando un pié en el Sinaí y el otro en el Calvario.

Se ve que las Catacumbas son un libro en donde se encuentran escritos los rasgos salientes de la historia del cristianismo. Mientras las cryptas y los sarcófagos nos dan esta enseñanza general, las inscripciones hacen repetir á los mármoles, á las piedras, á las jarras, á las lámparas primitivas los dogmas de la fe, cosas que contienen la expresion tan explícita como lo permitia la disciplina del secreto. No es este el único mérito de las obras del arte en la Roma subterránea. No solo enseñan la *letra* de la religion; revelan tambien el *espíritu*. Paciencia, mansedumbre, caridad y misericordia, hé ahí el espíritu del Divino Redentor, y por consiguiente el espíritu que anima su obra y que debe inspirar á sus discípulos.

Ahora, sea en su parte histórica, sea en su parte decorativa, los monumentos de las Catacumbas respiran todos el espíritu que nosotros señalamos; es fácil convencerse de ello por los asuntos que se presentan más á menudo. Abel muerto por su hermano; Isaac inmolado por su padre; Daniel en la cueva de los leones; los tres niños en el horno, hé ahí en su expresion más elocuente la paciencia y la mansedumbre practicadas por el Maestro y enseñadas á los discípulos. Jonás en el seno de la ballena y acostado bajo su vientre; Nuestro Señor bajo la figura del Buen Pastor, la paloma con el ramo de olivo, hé ahí la caridad y la misericordia bajo los emblemas más populares y más tiernos. Los cristianos en oracion, con la serenidad en la frente y los ojos y las manos levantadas al cielo; el sepulturero cavando el lo-

culus de su hermano; las Agapas reuniendo en la misma mesa á los hijos de la Iglesia naciente, sin distincion de ricos y de pobres; hé ahí la buena traduccion católica de estos dos preceptos: Amad á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á vosotros mismos.

Me complazco en poder confirmar esta observacion capital con la autoridad de un sabio arqueólogo de nuestros dias: «Las Catacumbas, dice M. Raoul Rochette, destinadas á la sepultura de los primeros cristianos, largo tiempo pobladas de mártires, adornadas en épocas de persecucion y bajo el imperio de ideas tristes y de deberes penosos, no presentan, sin embargo, por todas partes, más que rasgos heroicos y asuntos amables y gratiosos: imágenes del Buen Pastor, representaciones de vendimias, de escenas pastorales, de Agapas, de figuras de cristianos en oracion, de símbolos de frutos, de flores, palmas, coronas, corderos, ciervos, palomas, en una palabra, nada más que motivos de alegría, de inocencia, de caridad. He mostrado en otra parte y puedo certificar de nuevo que el crucifijo no se ha encontrado en ninguno de los cementerios ocupados, contando desde los primeros siglos; agrego que no se ha encontrado en ellos tampoco ninguna de las escenas de la Pasion..... Aun el martirio no está indicado más que simbólicamente por medio de aquellos rasgos heroicos del Antiguo Testamento, tales como los tres niños en el horno, Daniel en la fosa de los leones, Isaac en la hoguera, en donde los cristianos de aquella edad, sometidos á las mismas pruebas, veian á la vez una imagen de la realidad, un modelo que imitar, un motivo de consuelo ó de esperanza.....

«Los cristianos, ocupados solamente en medio de las pruebas de una vida tan agitada y muchas veces de una muerte

tan horrible, de la recompensa celestial que les esperaba, no veian en la muerte y aun en el suplicio más que una vía pronta y segura para llegar á aquella felicidad eterna. Léjos de asociar á esta imagen la de los tormentos ó de las privaciones que les abrian el cielo, se complacian en ataviarla con risueños colores, en presentarla bajo símbolos amables, en adornarla con púrpura y con flores, porque así es como nos parece el asilo de la muerte en las Catacumbas cristianas.... Hay allí sobre todo un rasgo que caracteriza eminentemente al cristianismo y que está hecho para honrar su génio. Este rasgo es que durante un período tan largo de persecuciones, bajo la influencia habitual de impresiones dolorosas, el cristianismo refugiado en las Catacumbas, reducido á orar en los sepuleros y sin cesar ocupado de deberes tristes y severos, no ha dejado, sin embargo, en aquellos cementerios entre tantos objetos siniestros ninguna imagen de luto, ningun signo de resentimiento, ninguna expresion de venganza; y que todo, al contrario, respira en los monumentos que ha producido sentimientos de dulzura, de benevolencia y de caridad. Mucho me engaño, ó esta observacion que resulta tan positivamente del exámen de las pinturas cristianas, presenta al cristianismo primitivo bajo un aspecto tan propio para conciliarle el respeto y el amor que ninguno de los rasgos de su historia ó de los monumentos de su génio. 1

Tal es en las Catacumbas la enseñanza figurada del cristianismo. Cuando se ha leído este libro á la vez tan sublime y tan sencillo, nacen dos sentimientos en el alma. Se siente vivamente que los escultores, los pintores, los arqueólogos modernos, y que ciertos autores de libros de instruccion religiosa y de ciertos sermo-

1 *Tabl. des Cat.*, p. 182—5. «Cuadro de las Catacumbas.»

nes, por otra parte muy estimables, se hayan olvidado demasiado de tomar el verdadero espíritu del arte y de la religion en los monumentos de los primeros siglos, cuando la sávia divina corria desbordándose del pincel del artista, como de la pluma del escritor y de la boca de los Padres. No ménos vivo es el voto que uno se forma por la vuelta inteligente y concienzuda de las artes, de las doctrinas y de las costumbres del mundo cristiano á los ejemplos de su cuna.

Penetrados de este doble sentimiento, nos dirigimos hácia los cementerios de Santa Hilaria y de San Thrason. Estos dos nuevos cuarteles de la gran Catacumba de Santa Priscila tienen tambien sus glorias que contar. El primero nos habla de la heroína cuyo nombre lleva.

La gran Roma, que acababa de saciarse con el horrible suplicio de San Crisanto y de Santa Daría, sepultados vivos en la vía Salaria, no esperó largo tiempo nuevos goces. El 3 de Diciembre del año 284 el emperador Numeriano mandaba hacer espirar en medio de tormentos al tribuno Claudio, á sus dos hijos Jason y Mauro, con setenta soldados dignos de su jefe y culpables como él de haber creído en la evidencia de los milagros hechos por los dos ilustres mártires. Todos, ménos Claudio, son entregados á los lictores, cuya hacha hace caer sus inocentes cabezas. En cuanto al tribuno, debia espantar con su muerte á los que intentasen seguir su ejemplo. El emperador manda que se le arrastre como al último de los malvados á las orillas del Tíber, que se le ate una piedra enorme al cuello y que se le precipite al río. Durante este tiempo ¿qué hace Hilaria, esposa y madre de los mártires? Con el valor de una matrona cristiana, va á recoger los miembros sangrientos de sus hijos y el cuerpo inanimado de su esposo; luego, sin temer la suerte que

la amenaza, los deposita en su jardín situado en las puertas de Roma, en la vía Salaria.

Vivir cerca de su tesoro; orar como cristiana por aquellos á quienes queria como esposa y como madre; tal era la consoladora operacion de sus dias y de sus noches. Numeriano sabe esto y da orden de arrestarla. «No tengo más que una gracia que pidiros, dice la valiente matrona á los soldados que quieren arrastrarla, dejadme acabar mi oracion; luego hareis de mí lo que querais.» Se detiene, toma el cuerpo del Señor, y extendiendo las manos, dice: «Oh Jesucristo, mi Señor, á quien confieso con todo mi corazon; reunidme con mis hijos que salieron de mi seno para ir al martirio.» Dichas estas palabras cae de rodillas y da el último suspiro. Los soldados viéndola muerta la dejaron en manos de sus dos sirvientas que la sepultaron junto á su esposo y á sus hijos. 1

La Catacumba de San Thrason debe su origen al ilustre cristiano cuyo nombre, cuyo valor y cuya caridad recuerda al mismo tiempo. El año 298 los emperadores Diocleciano y Maximiano mandaban construir sus Termas. Cuarenta mil cristianos, soldados la mayor parte, trabajaban dia y noche en este monumento gigantesco, cuya construccion duró siete años. Es más fácil adivinar que decir lo que tenían que sufrir aquellos ilustres condenados. Dos cristianos, Máximo y Thrason, unidos por los lazos de una estrecha amistad, resolvieron llevar algun consuelo á tantos sufrimientos. Uno y otro estaban á la cabeza de una gran fortuna. Máximo vende la suya en pormenor y da el precio de ella á Thrason que durante la noche recorre las galeras, los patios y las prisiones para socorrer á sus desgraciados hermanos. El mismo junta

1 Bar., An., t. II, an. 284; Martyr. 3 de Diciembre; Bosio, lib. IV, c. XXXII.

sus riquezas á las de su amigo y las distribuye, ya con sus manos, ya por medio de las de cuatro cristianos caritativos que recibieron como él la palma del martirio en recompensa de su caridad. No contento Thrason con consolar á los vivos, cuidaba religiosamente de los muertos. El fué quien de acuerdo con el sacerdote Juan recogió los cuerpos del santo anciano Saturnino y del diácono Sisirio martirizados en la vía Nomentana y los depositó con sus propias manos en su vila situada en la vía Salaria, en donde se encuentra hoy su inmortal Catacumba. 1

3 DE FEBRERO.

Catacumbas de la «Vía Salaria Vecchia.»—Catacumbas del costado del Cohombro.—Historia.—Inscripciones de las Catacumbas.—Inscripciones en las jarras y en las tazas.—Verdades que enseñan.—Inscripciones de las Catacumbas.

Comenzar el dia uniéndose á los ejercicios de la piedad romana y venerando á los mártires en los altares en los cuales reciben la gloriosa recompensa de su valor, es, segun nos parece, la mejor preparacion á la peregrinacion de las Catacumbas. De allí nacen impresiones y luces que no se encuentran en otra parte. Este método habia sido el nuestro en cuanto lo habian permitido las circunstancias. Para permanecer fieles á él, bajamos hoy á Santa María in Via Lata. Ya al despuntar el dia estaba invadida la venerable basilica. Roma celebraba la fiesta de San Blas, obispo de Sebasta en Armenia, cuya garganta conservada en el tesoro de Santa María está expuesta en este dia á los homenajes de los fieles. El martirio del santo obispo es una de las páginas más elocuentes de nuestra heroica antigüedad.

1 Bar., an. 303, n. 110; Bosio, lib. IV, c. XXXIII.

Era el año 316. Licinio seguia persiguiendo en Oriente la religion que Constantino elevaba en Occidente al trono de los Césares. El dia tres de Febrero, Agrícola, presidente de la provincia, mandaba arrestar al obispo de Sebasta, anciano tres veces venerable por sus cabellos blancos, por su santidad y por el brillo de sus miradas. Después de una larga flajelacion es suspendido de un árbol, y los verdugos le desgarran los costados con peines de hierro. En seguida le arrojan á la prision y luego le sacan de ella para precipitarle en un lago. De él sale vivo, y Agrícola le manda cortar la cabeza, así como á dos jóvenes, compañeros inseparables de su padre en la fe. Algunas horas antes de la ejecucion, siete mujeres cristianas habian sufrido el último suplicio. Mientras desgarraban el cuerpo del santo obispo, se habian acercado y estaban recogiendo las gotas de su sangre. Reconocidas por este rasgo fueron entregadas á los verdugos que las hicieron espirar en los más vergonzosos tormentos. 1

Partamos ahora para las Catacumbas; el recuerdo de tanto heroismo lleva el pensamiento diez y ocho siglos ántes y os hace entrar, en cierto modo, á los lugares en donde vivieron los valientes atletas cuyos combates se acaban de ver y cuyos inmortales restos se acaban de venerar. Aunque la historia profana no conoce más que una Vía Salaria, los autores cristianos distinguen dos. La primera, de que hemos hablado, que salia por la puerta del mismo nombre, atravesaba el puente de Teverone y conducia al país de los Sabinos. La segunda, que parte de la puerta Pinciana, da vuelta á la izquierda, se junta con el pavimento de la vía Antigua, roza con la vila del Colegio Germánico y llega á las Catacumbas.

1 Bar., an. 316, n. 45; id., Martyr., 3 de Febrero.

La primera, que se encuentra á la derecha, á milla y media de las murallas, casi delante de la vila Borghese, es la del costado del Cohombro (*ad clivum cucumeris*). Que este nombre le venga de la forma del terreno ó de los cohombros que abundaban en aquel lugar, importa poco saberlo; lo que interesa al viajero cristiano es conocer los títulos que aquella Catacumba tiene al recuerdo de la posteridad. Largo seria referirlos en pormenor; limitémonos á algunos de ellos.

El 1.º de Marzo del año 170 fué un dia de gloria para aquel noble cuartel de la Roma subterránea. El emperador Claudio, irritado por los progresos del Evangelio en las clases elevadas de la sociedad romana, acababa de dar un edicto por el cual estaba mandado condenar á muerte sin interrogatorio á todos los cristianos presos ó arrestados en las calles, en las plazas y en las casas. Ahora, doscientos sesenta cristianos condenados á las minas trabajaban en las canteras de arena de la vía Salaria. Se les encierra en el anfiteatro en donde los soldados les matan á flechazos; ¡digna ocupacion de una legion romana! Después de la ejecucion se encendió una gran hoguera para consumir los cuerpos de los mártires y privarles de los homenajes de sus hermanos; pero valerosos cristianos, entre los cuales la historia nombra á Mario y á Marta su esposa con sus hijos Audifax y Abacum, que habian llegado de Oriente á visitar el sepulcro de los Apóstoles, sacan de la hoguera una parte de las santas reliquias y van á depositarlas con honor en la crypta de la Vía Salaria en la colina del Cohombro. 1

En otra circunstancia, el emperador, sabiendo que cierto número de soldados

1 Et sepelierunt eos in crypta Via Salaria, ad clivum Cucumeris.—Y les sepultaron en una crypta en la Vía Salaria, en la colina del Cohombro.—Cod. Lat., V, 8; Vall. I, 5.